

Acompañar desde el Primer anuncio

Koldo Gutiérrez, sdb.

La comunidad cristiana entiende la pastoral como un servicio en Jesús a la vida de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. La pastoral es solo una pero tiene diferentes rostros porque las acciones de la Iglesia llegan a personas diferentes y se encarnan en situaciones diversas.

De esta manera, la pastoral juvenil expresa la totalidad de las acciones que la comunidad eclesial lleva a cabo, bajo la guía del Espíritu, para dar plenitud de vida y esperanza a todos los jóvenes. Y, entre estas acciones, ocupan un lugar propio el Primer anuncio del Evangelio y el diálogo interreligioso en este mundo tan abierto.

1. Hoy el campo pastoral se presenta amplio y diverso

Podríamos decir que la pastoral es la pregunta por el hoy de Dios en la historia. Esto lleva a escuchar a la cultura de nuestro tiempo, descubrir en ella la presencia de Dios, ofrecer la novedad del mensaje cristiano y mostrar la diferencia evangélica.

En el Concilio se decía que Dios se esconde en los signos de los tiempos. Para poder conocer e interpretar los signos de los tiempos necesitamos el don del Espíritu y ver en Jesucristo nuestro criterio de discernimiento por excelencia.

Contexto y discernimiento

Solo desde la contextualidad se puede hacer una buena pastoral juvenil. El contexto pide tener capacidad de discernimiento. Discernir es buscar las huellas de Dios en la historia y captar los signos de los tiempos. “El reino de Dios está en y entre vosotros” (Lucas 17, 21). Dios está presente en mí, en las personas, en la historia. Y porque Dios está presente y está actuando necesitamos discernimiento para entender qué nos está pidiendo.

Para discernir necesitamos acoger, tener una actitud de receptividad, disfrutar de apertura de mente y de corazón. Lo que acogemos se presenta bajo la apariencia de señales pequeñas. Si queremos controlar todo quedamos extenuados y agotados. La mejor opción consiste en acoger lo débil que va llegando.

Por todo esto, y para ayudar en el discernimiento pastoral, es importante decir una palabra sobre el contexto, amplio y diverso, donde se desarrolla nuestra propuesta pastoral salesiana. Para ello, me dejo inspirar por EG 14 que se presenta como un espejo dónde podemos mirar la realidad pastoral.

“En primer lugar, mencionemos el ámbito de la pastoral ordinaria,..., también se incluyen en este ámbito los fieles que conservan una fe católica intensa y sincera, expresándola de diversas maneras, aunque no participen frecuentemente del culto. *Esta pastoral se orienta al crecimiento de los creyentes*, de manera que respondan cada vez mejor y con toda su vida al amor de Dios.

En segundo lugar, recordemos el ámbito de «las personas bautizadas que no viven las exigencias del Bautismo», no tienen una pertenencia cordial a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe. La Iglesia, como madre siempre atenta, se empeña para que *vivan una conversión...*

Finalmente, remarquemos que la evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado. Muchos de *ellos buscan a Dios secretamente*, movidos por la nostalgia de su rostro, aun en países de antigua tradición cristiana. Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino «por atracción» (EG 14 y Cfr. DC 41). Está claro que la evangelización hoy es una realidad rica, compleja y dinámica.

Antecedentes

Es muy ilustrativo decir una palabra sobre los antecedentes de este importante número de *Evangelii gaudium*.

Todos sabemos que el papa Francisco escribió esta exhortación una concluido el Sínodo sobre “la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana” (Octubre de 2012). En realidad se situó en una perspectiva distinta a las reflexiones que habían sido propuestas en el Sínodo aunque utilizó algunos de sus argumentos.

En concreto voy a destacar el argumento sobre el contexto o los escenarios. El *Instrumentum laboris* del Sínodo había ofrecido una interesante reflexión de sociología pastoral, donde se hablaba de los escenarios en los que se realiza la evangelización en nuestro tiempo. Francisco retomó ese argumento y lo sintetizó en el número 14 de la exhortación *Evangelii gaudium*, pero quiso aportar un enfoque distinto proponiendo dos perspectivas:

El hilo que va de la cercanía a la lejanía. Siguiendo esta perspectiva el santo Padre se fijó en los destinatarios de la pastoral atendiendo el hilo que va de la cercanía a la lejanía respecto al núcleo de la fe. Algunos de nuestros jóvenes están más cerca respecto de la fe y otros más lejos.

El hilo que va de la sencillez a la complejidad. Gracias a este segundo criterio podemos reconocer que ya no existen escenarios totalmente puros sino que en realidad nos encontramos con escenarios complejos. En cada uno de nuestros ambientes pastorales podemos encontrar jóvenes cercanos, defraudados, distantes a la fe.

¿Esos planteamientos dejan ver algunas consecuencias? Atendiendo a la primera perspectiva creo que es necesario reflexionar sobre cómo debemos acompañar hasta el núcleo de la fe, en este sentido, podemos hablar de la prioridad del Primer anuncio y de la mistagogía. Y atendiendo a la segunda perspectiva creo que debemos reflexionar sobre la necesidad de una pastoral juvenil que hace propuestas concretas dirigidas a cada joven.

Dos consideraciones

Una vez situados en el número 14 de *Evangelii gaudium* creo que se puede afirmar:

El Evangelio no es para algunos sino que es para todos. El santo padre suele decir que el Señor nos envía a todos. “No tengan miedo de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta las periferias existenciales, también a quien parece más lejano, más indiferente. El Señor busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia y de su amor. Y nos invita a ir sin miedo con el anuncio misionero, allí donde nos encontremos y con quien estemos, en el barrio, en el estudio, en el deporte, en las salidas con los amigos, en el voluntariado o en el trabajo, siempre es bueno y oportuno compartir la alegría del Evangelio” (ChV 177).

La propuesta pastoral expresa lo que somos. La propuesta pastoral antes de ser entendida como una acción debe ser considerada como una expresión de lo que somos. En realidad en pastoral juvenil no podemos abandonar nuestra identidad. En este sentido, lo primero que hay que afirmar es que nuestra pastoral exige reconocer que somos comunidades cristianas que tenemos algo que proponer a los jóvenes, también a los jóvenes que profesan otros credos o ninguno, y esta propuesta pastoral se sustancia en unos proyectos llenos de evangelio.

Tres grandes focos

En este número de *Evangelii gaudium*, el papa Francisco ofrece tres grandes focos que iluminan la pastoral teniendo en cuenta la situación en la que se encuentran los jóvenes

Una pastoral del crecimiento

El crecimiento es la propuesta que hace el papa Francisco para aquellos jóvenes que ya se han encontrado con la fe, aunque sea de una manera incipiente.

San Lucas cuenta la historia de una persona que tenía el deseo de crecer y preguntó a Jesús que tenía que hacer para conseguir la vida eterna. Jesús invitó a cambiar de lógica: en vez de situarse en la lógica de la conquista propuso la lógica de la entrega. “Vende todo cuanto tienes y distribúyelo a los pobres —y tendrás un tesoro en los cielos—; luego, ven y sígueme” (Lc 18,22). El evangelista dice que se fue triste porque estaba apegado a sus riquezas.

Los educadores quisiéramos proponer procesos de crecimiento, Crecer es ir más allá. Los educadores vamos plantando semillas de plenitud. Las semillas de plenitud abren a horizontes amplios y hacen mirar más allá de nosotros mismos. “Mejor déjate amar por Dios, que te ama así como eres, que te valora y respeta, pero también te ofrece más y más: más de su amistad, más fervor en la oración, más hambre de su Palabra, más deseo de recibir a Cristo en la Eucaristía, más ganas de vivir el Evangelio, más fortaleza interior, más paz y alegría espiritual” (GE 161).

En esta pastoral de crecimiento se sitúan muchas de nuestras propuestas pastorales. En concreto, hay que destacar la importancia de los itinerarios formativos, y en especial el itinerario de educación en la fe, sabiendo que la fe no es una conquista sino un don que debemos acoger.

Una pastoral de la conversión

Esta es la propuesta que hace el papa Francisco para llegar a quienes se están alejando y a quienes abandonan la fe. La conversión solo es posible si nuestras propuestas consiguen tocar el corazón de los muchachos, de manera que puedan acoger la fe, vuelva su mirada a Dios, inicie un camino de vida cristiana.

San Marcos cuenta que en cierta ocasión Jesús se encontró con un hombre ciego que estaba al borde del camino. Este hombre, llamado Bartimeo, vivía con dificultades y pidió a Jesús su propia

curación. San Marcos dice que Jesús tocó sus ojos y lo curó. Podríamos decir de esta manera: Jesús tocó sus sentidos, tocó su corazón, y lo curó. Una vez sanado, Bartimeo lo seguía por el camino (Mc 10, 52). En realidad, el evangelista San Marcos presenta la fe como sanación y como seguimiento en el camino que recorreremos en la vida.

¿Cómo llegar al corazón de nuestros jóvenes? ¿Cómo situarles en ese momento en el que el Señor se presenta a cada uno como luz, caricia, consuelo y amor? Al hablar de pastoral de conversión estamos buscando proponer caminos pedagógicos para despertar y suscitar el deseo de la fe, para iniciar y acompañar hasta la experiencia de Dios. ¿Qué caminos proponer? Los primeros pasos de este proceso quieren despertar el deseo de Dios, hacer consciente de la propia interioridad, ayudar a conectar con las preguntas por el sentido, reconocer estar habitado por una Presencia. “Aquí tiene el proceso mistagógico un paso decisivo: el del reconocimiento de esa Presencia como centro de la propia vida, con el consiguiente descentramiento del sujeto que culmina con la entrega de sí mismo a Dios” (Martín Velasco). En definitiva, acercarnos al Misterio.

Una pastoral de búsqueda

Esta es la propuesta que hace el papa Francisco para quienes nunca han estado cerca a la fe, o están en otros lugares, quizá en otras confesiones y opciones vitales. Pero podemos compartir con ellos una actitud de búsqueda.

La historia de Zaqueo es la historia de un buscador, que, sin saber muy bien por qué, experimentó un deseo que le llevó a salir de casa e ingeniárselas para ver a Jesús, de quien hablaban sus conciudadanos. Zaqueo tenía un gran deseo y se las tuvo que ingeniar. Jesús pasó por debajo del árbol donde se había subido Zaqueo. Levantó la vista y pidió al publicano que bajara porque quería hospedarse en su casa. Zaqueo descubrió en su interior un sentimiento nuevo, una alegría desconocida, una profundidad hasta ahora ignorada.

En ocasiones, la pastoral se presenta como búsqueda. En bueno recordar que quienes buscan se acercarán hasta quien ya ha encontrado. Quizá podamos ser nosotros mismos esas personas a las que se acerquen porque ven en nosotros que ya hemos encontrado. Podemos preguntarnos qué ofrecemos a los buscadores. En realidad lo que nosotros podemos ofrecer es estímulo, luz y aliento.

Esta preocupación por la pastoral de la búsqueda es urgente, especialmente en aquellos contextos donde las huellas religiosas hayan perdido fuerza y vigor. Saber comunicarse con los buscadores es abrir puentes de relación; es entender el diálogo no solo como una comunicación de ideas sino sobre todo de dones; es cuidar las semillas del Verbo. En estas semillas ya está presente, aunque sea de manera incipiente, y la dirección a las que ellas apuntan es el Verbo. Esta doctrina es de gran ayuda cuando nos disponemos a hacer una propuesta pastoral en contextos poscristianos, porque propone buscar lugares de entendimiento y de colaboración. Encontramos estos lugares en temas como el valor de lo humano y la dignidad humana, la búsqueda de la paz, la adquisición de virtudes como la compasión y el respeto por el extranjero. Todos estos planteamientos tienen gran actualidad. Quizás debamos empezar por lo sencillo.

2. Kerigma y mistagogía

Para el papa Francisco existe una inseparable relación entre Kerigma y mistagogía. Ya desde el inicio de su pontificado, en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el papa Francisco propuso a la Iglesia universal enfocar la evangelización, y en concreto la catequesis, a la luz del Kerigma y de la mistagogía (EG 163).

Kerigma

La catequesis es un acto de naturaleza eclesial, nacido del mandato misionero del Señor (Cf. Mt 28,19-20) y cuyo objetivo, como su nombre lo indica, es hacer que el anuncio de su Pascua resuene continuamente en el corazón de cada persona, para que su vida se transforme.

En general la llamada al Primer anuncio hoy ha sido bien acogida en la pastoral juvenil. En el momento en el que en muchas realidades eclesiales veían como las acciones con jóvenes se iban diluyendo la llamada al Primer anuncio significó un resurgir de iniciativas pastorales. Por eso, no debe extrañarnos que en los últimos años se hayan puesto en marcha muchas experiencias de Primer anuncio. A la base de estas experiencias hay dos planteamientos: unas iniciativas intentan ofrecer el Kerigma en un espacio humano de confianza donde se abran preguntas nuevas; y en otras proponen experiencias de impacto que dinamicen la piedad. Tanto las preguntas como la piedad nos pueden acercar a Dios.

Hay que reconocer que en estas experiencias muchos quedan impactados. Pero, al mismo tiempo, vemos que en ocasiones quienes priorizan estas iniciativas ven en los procesos educativos un exceso de reglamentación. Y consideran que la pastoral de procesos es una

pastoral de otro tiempo. Estas iniciativas proponen una pastoral de choque, de impacto, de conversión. La realidad deja ver que muchas de las dificultades vienen después del primer impacto, porque la vida cristiana está tejida de cotidianidad, crecimiento, vida comunitaria, compromiso con la justicia.

Mistagogía

Entendemos por mistagogía el camino pedagógico, de crecimiento y maduración, que seguimos en la vida para poder acercarnos al misterio de Dios.

Creo que la llamada a la mistagogía está siendo menos escuchada que la llamada al Primer anuncio. Respecto a la mistagogía es posible que estemos un poco más perdidos cuando hacemos propuestas concretas para acercar al misterio de Dios, iniciar en el lenguaje de la liturgia, acompañar a la experiencia creyente de Dios.

Esta llamada a la mistagogía orienta el camino formativo cristiano. “El camino formativo del cristiano, como lo atestiguan las Catequesis mistagógicas de los Padres de la Iglesia, siempre tuvo un carácter vivencial, sin descuidar, la inteligencia de la fe. El encuentro vivo y persuasivo con Cristo anunciado por testigos auténticos era determinante. Por tanto, quien introduce en los misterios es, ante todo, un testigo. Este encuentro tiene su fuente y su culmen en la celebración de la Eucaristía y se profundiza en la catequesis” (DC 97).

Creo que el carácter pedagógico que sustenta la mistagogía haría sospechar que en este foco de interés podríamos aportar mucho los hijos de Don Bosco. Recordemos que el Sistema preventivo recoge la expresión original que vivió nuestro Padre don Bosco, quien había recibido la gracia de poder disfrutar de un inmenso corazón inundando de caridad pastoral, y propuso a los jóvenes una experiencia de vida creyente que es tanto pedagogía como espiritualidad.

Dos conclusiones

Quisiera terminar este punto proponiendo dos conclusiones. En la primera hago una llamada a aprender los unos de los otros. Creo que esto es lo que pide el papa Francisco en *Christus vivit* cuando habla de una pastoral juvenil sinodal. Aprender unos de otros llevaría a aprender las buenas prácticas, “aquellas metodologías, aquellos lenguajes, aquellas motivaciones que han sido realmente atractivas para acercar a los jóvenes a Cristo y a la Iglesia. No importa de qué color sean, si son conservadoras o progresistas, si son de derecha o de izquierda. Lo importante es que recojamos todo lo que haya dado buenos resultados y sea eficaz para comunicar la alegría del Evangelio” (ChV 205).

En la segunda hablo del camino de la belleza que desde mi punto de vista está siendo muy fecundo en algunas propuestas de Primer anuncio: la belleza que descubrimos en el misterio de una adoración eucaristía, y la belleza, por ejemplo, de la música ofrecida con calidad. Este tema de la belleza es uno de los signos de los tiempos al que quizá debamos dar mayor importancia.

El teólogo italiano Bruno Forte decía hace unos años que “ante la crisis de la posmodernidad, ante la indiferencia que nos rodea, no basta con decir que Cristo es verdad y es bueno, sino que hace falta mostrar también que Cristo es bello. Hoy la fuerza que nos atrae no es la estricta lógica de la verdad, ni la rigurosa ética del bien, sino el esplendor de la verdad y del bien, es decir, de su belleza”.

“Es bueno que toda catequesis preste una especial atención al camino de la belleza. Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas...”

Es deseable que cada Iglesia particular aliente el uso de las artes en su tarea evangelizadora, en continuidad con la riqueza del pasado, pero también en la vastedad de sus múltiples expresiones actuales, en orden a transmitir la fe en un nuevo lenguaje parabólico. Hay que atreverse a encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra, las formas diversas de belleza que se valoran en diferentes ámbitos culturales, e incluso aquellos modos no convencionales de belleza, que pueden ser poco significativos para los evangelizadores, pero que se han vuelto particularmente atractivos para otros” (EG 167).

3. Dejarse acompañar y acompañar desde el Primer anuncio

Se me ha pedido hablar sobre cómo acompañar desde el Primer anuncio y quiero decir que para acompañar hay que dejarse acompañar.

Una pastoral activa y pasiva

Lo primero que destaco es la palabra acompañamiento. Esta palabra recoge el sentir pastoral de este momento de la historia. Los jóvenes de hoy, y sobre todo los de mañana, necesitarán encontrar personas que se preocupen por ellos para acompañarlos, sostenerlos y guiarlos. Los educadores salesianos podemos ser como una brújula para los que van a la deriva. A la vez donde el déficit de escucha se hace sentir y provoca aislamiento y la misión de aconsejar y acompañar, ayudará a recuperar la confianza en la comunidad humana.

Hablo de una pastoral activa y pasiva. Me inspiro en el papa Francisco quien nos ha dejado un principio importantísimo: *“El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbré permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización”* (EG112).

Siguiendo este principio podríamos decir que en pastoral el foco más importante, y primero, está en la gracia: el amor sobreabundante de Dios hacia nosotros y hacia la creación entera. Es sorprendente reconocer que Cristo hizo un don de sí mismo por amor. La gracia lo cambia todo, quita de nosotros la necesidad de cargar con pesadas cargas, nos hace mirar la vida no desde la conquista sino desde el don. Enfocar la vida desde el don lleva a permitir que el anuncio del evangelio llegue también al evangelizador.

Una consecuencia de este principio lleva a hablar de una pastoral activa y pasiva. La pastoral es una propuesta que hago a los muchachos pero antes es una propuesta que llega a mi corazón. En realidad solo quien ha experimentado la oración podrá hacer buenas propuestas de oración, quien se ha dejado tocar por la Palabra tendrá la capacidad de predicar con fuerza, quien se deja acompañar podrá acompañar.

Una inspiración bíblica

Después del martirio de San Esteban, el apóstol Felipe salió de Jerusalén. Vemos que un momento difícil en la comunidad de Jerusalén desencadena el dinamismo evangelizador de dicha comunidad. Si no hubiera habido dificultades, quizá los discípulos no hubiesen salido de Jerusalén. Esto ya es una enseñanza.

En aquella salida se produjo el encuentro de Felipe con un etíope que regresaba a casa después de haber peregrinado a Jerusalén. El encuentro no estaba planificado, no seguía un manual de instrucciones. Felipe, impulsado por el Espíritu, anuncia el Evangelio al etíope. Esta es la secuencia: se puso en camino, vio a un etíope, se acercó a él, invitado aquel hombre se puso a su misma altura, le ayudó a leer la Escritura, propuso el kerigma anunciando a Jesús, lo bautizó y se marchó.

“Un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo: «Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto». Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías. El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y pégate a la carroza». Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó: «¿Entiendes lo que estás leyendo?». Contestó: «¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?». E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este: Como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, así no abre su boca. En su humillación no se le hizo justicia. ¿Quién podrá contar su descendencia? Pues su vida ha sido arrancada de la tierra. El eunuco preguntó a Felipe: «Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?»

¿de él mismo o de otro?». Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco: «Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?». « Dijo Felipe: Es posible si crees de todo corazón: Respondiendo él, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios». Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría. Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea” (Hch 8, 26-40).

Felipe hace deseable la fe, anuncia explícitamente a Jesucristo, propone un camino de conversión. Es la secuencia de tres dinamismos pastorales de los que hemos hablado en estas páginas. En este texto quedan dibujados algunos aspectos del Primer anuncio. Enuncio estos dinamismos como binomios relacionados por una lógica de la acción y de la pasión. Creo que hay una puerta que une la acción y la pasión, la atención y la intención, lo que proponemos y las motivaciones internas. Esa puerta es Jesús mismo, es la puerta del amor.

Hospedar y dejarse hospedar

La hospitalidad es uno de los grandes retos del cristianismo. Sigue teniendo actualidad la recomendación que el predicador de la carta a los Hebreos hace a los cristianos: “No olvidéis la hospitalidad, algunos practicándola, sin saberlo han acogido a los ángeles” (Heb 13,2). Pero, ¿qué es la hospitalidad? Una primera aproximación invita a hablar de abrir, acoger y disponer. La hospitalidad lleva a acoger a las personas en la situación en la que están. Por otra parte, dejarse hospedar es permitir que los otros nos acojan. Cuando hablamos sobre hospitalidad nos viene a la mente el Sistema Preventivo de Don Bosco.

Evangelizar y dejarse evangelizar

El segundo criterio es comprobar que quien quiera dedicarse a la evangelización debe dejarse evangelizar. Felipe habló de Jesús a aquel etíope porque dejó que Jesús brotará de la abundancia de su corazón. Evangelizar es compartir la experiencia de la fe pero, al mismo tiempo, es descubrir que el corazón del evangelizador está inundado de Evangelio y pronuncia el nombre de Jesús. En este sentido, podemos decir que la evangelización es engendrar nuevos cristianos pero también consiste en que nosotros seamos engendrados a la vida del Evangelio.

Acompañar y desaparecer

Quiero destacar la libertad en la que se desarrolló la primera evangelización. Felipe acompaña en su camino al eunuco pero llega un momento lo deja marchar y desaparece. ¡Es envidiable esta libertad! Felipe no necesita partidarios de su causa, lo que

quiere es partidarios de la causa de Jesús. Felipe acompaña en un tramo de la vida y deja caminar en libertad. En nuestros días la adhesión a la fe pasa por la exigencia de la libertad. El Evangelio llama a nuestra puerta, nosotros, en nuestra libertad podemos abrir o cerrar. Solo en libertad madura la fe.

Dialogar y aprender

Anunciar el evangelio a los jóvenes lleva a dialogar con ellos pero también a aprender de ellos. Hablar a los muchachos solo es posible si antes los escuchamos. Creo que hay que tomarse en serio lo que dice el Sínodo sobre los jóvenes cuando afirma que los jóvenes son un lugar teológico. “El Sínodo ha tratado de mirar a los jóvenes con la actitud de Jesús, para discernir en su vida los signos de la acción del Espíritu. En efecto, creemos que también hoy Dios habla a la Iglesia y al mundo mediante los jóvenes, su creatividad y su compromiso, así como sus sufrimientos y sus solicitudes de ayuda” (DF 64). ¿Qué estamos aprendiendo de los muchachos?

Creer desde el corazón y vivir con alegría

El texto de la conversión del etiope muestra cómo la fe toca su corazón y después sigue su camino con alegría. El eunuco, imagen de un hombre débil, cree desde el corazón. Hay algo que ha tocado su corazón y ha llegado hasta lo profundo de su vida: el mismo Jesús. Fruto de la fe brota la alegría. Esta fe y esta alegría están también en Felipe. En cierta ocasión, San Pablo se preguntaba por el motivo por el que anunciaba el Evangelio si reconocía que le acompañaban no pocas penurias. En su respuesta a los Corintios descarta las ganancias, el poder o el prestigio, y dice que el propio evangelio se ha convertido en su ganancia. ¡Ay de mí si no evangelizo! (1 Cor 9,16). Hay un dulce consuelo al evangelizar. Dar la vida por el Evangelio es una alegría que inunda el corazón. “La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a marlo siempre más” (EG 264).

4. La espiritualidad del acompañante

La espiritualidad es vivir en el Espíritu. El Espíritu Santo es el verdadero protagonista del acompañamiento. ¿Qué rasgos tiene una espiritualidad del acompañamiento?

Tentaciones del acompañante

El acompañante es un mediador. La Escritura presenta a Juan el Bautista como el mediador por excelencia. El Bautista deja clara cuál es la actitud del mediador: “Conviene que Él crezca y yo disminuya” (Jn. 3,

28-30). Las grandes virtudes del mediador son la humildad y la abnegación. El acompañante humilde ayuda mucho, el acompañante soberbio es un gran peligro. El acompañante abnegado se sacrifica y no busca su propio interés.

Siguiendo el texto del Bautista, “Conviene que Él crezca y yo disminuya”, podemos ver dibujadas las tentaciones que acechan a todo acompañante: querer ocupar el puesto del Señor o querer sustituir a la persona acompañada. En lo que hace referencia ocupar el puesto del Señor podríamos decir que las tentaciones del acompañante podrían ser querer destacar, aparecer como alguien especial, mendigar adeptos para mi causa, pensar que todo depende de mí, hacer de las victorias del acompañado mi propia victoria, y de sus caídas su descalificación. En lo que hace referencia ocupar el sitio del acompañado las tentaciones podrían ser no respetar la libertad del acompañado, ni tampoco su proceso, tomar decisiones que solo corresponden a los acompañados, desvelar la confidencialidad, no saber dejar al acompañado hacer su camino en solitario, crear dependencias.

El amor a Jesús

Para acompañar es necesario que el acompañante haya hecho un camino espiritual y, en este sentido, sea una persona espiritual. Una persona espiritual es una persona construida, unificada y estructurada; que tiene conciencia de ser hijo de Dios; que posee la inteligencia de la fe que le capacita para percibir el misterio de Dios y el sentido del mundo y de la historia; y que se compromete al servicio de los hombres a través de la misión.

El primer rasgo de la espiritualidad del acompañamiento nos lleva a hablar del amor a Dios, en concreto, del amor a Jesús. Simón Pedro escucha de los labios de Jesús la misión de apacentar las ovejas después de escuchar por tres veces la pregunta: ‘¿Me quieres?’ (Jn 21, 15-17). Para acompañar es necesario que el acompañante cuide su amor a Jesús y desde ese amor se acerque a las personas que acompaña. Está claro que para el acompañamiento no es suficiente tener muchas cualidades, ni buena voluntad, ni una gran empatía o simpatía. Para acompañar pastoralmente es fundamental el amor a Jesús. Acompañar no consiste en apropiarse de algo que no es nuestro. Las personas que acompañamos no son nuestras sino del Señor.

El amor a la Iglesia

El segundo rasgo es el amor a la Iglesia. El acompañante tiene que situarse respecto a la Iglesia con la misma actitud del Señor y esta es una actitud de amor. Nos sentimos afectados en nuestros sentimientos internos en el amor a la Iglesia.

El amor a la Iglesia pide al acompañante una actitud que le lleva a cuidar su amor a la Iglesia. Un amor que no se cuida se va debilitando y fácilmente corre el peligro de perderse. El amor a la Iglesia pide lealtad con la Iglesia. Por esta lealtad el acompañante no se empeña en que prevalezca su propia opinión sino que se deja iluminar por la Iglesia y está dispuesto a la adnegación de lo suyo propio para dejar ver lo de la Iglesia. El amor a la Iglesia se concreta también en vivir en comunión. La comunión con la Iglesia, donde existe tantos carismas y ministerio, tantas maneras distintas de hacer, es una de las pruebas más evidentes del amor a la Iglesia, y hoy adquiere gran actualidad.

Una espiritualidad misionera

El acompañante vive su ministerio como una misión que consiste sobre todo en colaborar con la acción de Dios en la persona acompañada. Muchas veces vivimos esta misión entre contradicciones, sin ver resultados de los muchos esfuerzos, y poniendo nuestra confianza en la fuerza del Resucitado presente en medio de la complejidad de la existencia.

“Uno sabe que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor por Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia... El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos” (EG 279).

Una espiritualidad de discernimiento

Discernir es distinguir y elegir a la luz de la fe. El discernimiento cristiano tiene en Dios su fundamento y su meta. Escuchar, conectar, aceptar la voluntad de Dios es el objeto del discernimiento cristiano, teniendo en cuenta que madurar y elegir van de la mano.

En la exhortación GE se ofrecen algunos criterios: hay que discernir siempre a la luz del Señor (GE 169); el discernimiento es un don sobrenatural que tiene en cuenta las realidades humanas (GE 170); en el discernimiento es importante la oración (GE 172); en el discernimiento se sigue la lógica del don y de la cruz (GE 174).

Una espiritualidad orante

El amor a Jesús necesita ser alimentado y comunicado. Para alimentar el amor es necesario hablar con el amado: “Nuestra tristeza infinita solo se cura con un infinito amor” (EG 265). La oración es un pulmón fundamental para la vida espiritual de todo acompañante. “Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra,

de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio de las dificultades y el fervor se apaga” (EG 262).

Esa oración no es huida, ni refugio intimista, sino que es vivir la realidad desde el Espíritu, abiertos a los hermanos y a la misión. El Espíritu nos habita y nos habilita para la misión. El Espíritu ora en nosotros superando nuestras capacidades naturales y obrando de manera misteriosa: “Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él viene en ayuda de nuestra debilidad” (EG 280).

La oración del acompañante es una humilde petición al Espíritu para que ilumine y acompañe al acompañado, para que supla las deficiencias del propio acompañante, para poder ser respetuoso con la libertad de los acompañados. Hay que decir que cuando el acompañante no da valor a la intercesión va perdiendo la frescura del acompañamiento y, poco a poco, lo va viviendo como una tarea más o una rutina irrelevante, pierde fuerza la misión.

Una espiritualidad relacional

Si antes hablábamos de la lealtad a la Iglesia, ahora hablamos de la lealtad con el acompañado. Lo primero que se pide al acompañante es que respete al acompañado. Hay que respetarlo en su dignidad como persona y como hijo de Dios, su libertad, su proceso, su camino aunque nos genere dudas o perplejidad. Jesús en el lavatorio de los pies nos enseñó la mejor actitud al ponerse a los pies de sus discípulos. El acompañamiento es un ministerio servicial. El acompañante se pone al servicio y, con respeto, lava los pies.

Una espiritualidad relacional se fundamenta en la confianza. El acompañante no puede pervertir la confianza que el acompañado ha depositado en él. La confianza se gana con la autenticidad, la sinceridad, la sencillez, la discreción.

Una espiritualidad de la alegría y la santidad

El amor a Jesús llena nuestro corazón de alegría. Somos testigos de los frutos de alegría que produce el acompañamiento cuando conseguimos acompañar hasta Jesús. El Papa Francisco habla en muchas ocasiones de que la fe produce una alegría fundamentada en Cristo, que genera esperanza y se transforma en caridad. Esta alegría que brota de la fe se manifiesta en todas las instancias de la vida de la persona. Cuando la alegría de la fe está anclada en el centro de la existencia de un creyente todo en esta persona transparenta alegría.

El acompañamiento es también una Escuela de santidad. La mejor prueba de lo que hace el Espíritu en nosotros la tenemos en el testimonio de los santos, iconos de la Trinidad, como han sido llamados.

El santo Padre propone: “Volvamos a escuchar a Jesús, con todo el amor y el respeto que merece el Maestro. Permitámosle que nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un cambio real de vida. De otro modo, la santidad será solo palabras” (GE 66). Los santos son un regalo del Espíritu Santo y nos hacen ver la riqueza que es Cristo. “Cada santo es un mensaje que el Espíritu santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo” (GE 22).

Koldo Gutiérrez sdb